

Paisaje de ruta, Palestina

OCTAGON 2021

**Nuevas perspectivas
para el conflicto palestino-israelí:**
Hoja de ruta para la
justicia global en el sXXI

Madrid, España | 20 Noviembre

OCTAGON  N

La oficina editorial de **CAF** se encuentra en:

Common Action Forum

Calle Claudio Coello 5

Madrid 28001 España

Tel: +34 910 175 850

Email: caf@commonactionforum.net

Website: commonactionforum.net

Este trabajo está licenciado bajo:

Creative Commons Attribution

4.0 international license

Diseño: **El Fantasma de Heredia** 2021

OCTAGON 2021

**Nuevas perspectivas
para el conflicto palestino-israelí:**
hoja de ruta para la
justicia global en el sXXI

Madrid, España | 20 Noviembre

PRESENTACIÓN

Common Action Forum (CAF) es una organización transnacional sin ánimo de lucro fundada en Madrid, España, en 2015, que funciona como red global. Convoca a expertos de renombre y emergentes de diversos orígenes, incluyendo el mundo académico, la política, el periodismo y el activismo.

Abogando por narrativas alternativas orientadas hacia un cosmopolitismo global y justo, CAF establece y promueve plataformas independientes de cooperación, investigación, innovación y asesoramiento. Busca fomentar soluciones alternativas, apoyando a una ciudadanía activa e impulsando un nuevo contrato social. En ese proceso, CAF aborda cuestiones urgentes como las políticas neofascistas, el aumento de las desigualdades, los impactos sociales de la tecnología y los límites medioambientales del planeta.

Desde su fundación en 2015, CAF ha organizado un foro anual, examinando una serie de temas progresistas para generar una conversación productiva orientada al cambio. En 2019, CAF amplió su programa a dos eventos anuales, lo que permitió un intercambio y una acción aún mayores entre expertos y actores relevantes. De ahí nació OCTAGON, como un encuentro privado bajo las normas de Chatham House, que convoca anualmente hasta a 32 expertos internacionales en Madrid.

La ciudad de Madrid, sede del Common Action Forum, ha sido también símbolo y testigo de los últimos capítulos fallidos de la larga catástrofe entre Israel y Palestina. Debido a la última reanudación de las hostilidades en mayo de 2021 y en consonancia con nuestra misión de transformación y nuestro compromiso con el desarrollo de nuevas narrativas capaces de superar los dilemas de nuestro tiempo; CAF dedicará varias reuniones consecutivas del foro OCTAGON a abordar este conflicto.

Sumándose al mundo en los primeros pasos de una lenta y errática vuelta a la normalidad tras la pandemia, y después de un 2020 marcado por los encuentros digitales, OCTAGON_2021 reunió, en noviembre de ese mismo año, a 32 expertos internacionales del ámbito académico y de la política, los medios de comunicación y la sociedad civil. En particular, analistas especializados en Oriente Medio y activistas, periodistas y profesores universitarios de Israel y Palestina.

Así, a través de cuatro sesiones temáticas, «Nuevas perspectivas para Israel-Palestina: una hoja de ruta para la justicia global en el siglo XXI» trató de abordar la cuestión palestina superando el marco conceptual en el que ha estado atrapada durante más de 50 años.

Las ideas recogidas en el siguiente documento constituyen un compendio de los principales consensos, las numerosas dudas y las destacadas divergencias expuestas por sus participantes. Cabe destacar que este informe no refleja la totalidad de las visiones y cuestiones presentadas durante los debates del evento y que no aspira a ser un análisis sistemático capaz de aportar una solución clara e inmediata a uno de los principales enigmas sociopolíticos a los que se enfrenta la humanidad. Si acaso, pretende repensar y replantear las certezas e incertidumbres derivadas de este conflicto tanto como la transformación global en la que estamos inmersos exige ya para todos los demás.

Para obtener información más detallada sobre el trabajo, la misión, la visión y los valores de CAF, visite nuestro sitio web www.commonactionforum.net



Introducción

Han pasado 30 años desde que la Conferencia de Paz de Madrid abrió el camino a los Acuerdos de Oslo, y casi 20 años desde que el Cuarteto para Oriente Medio volviera a sentarse en esa misma ciudad para definir su «hoja de ruta para la paz». Teniendo en cuenta el estado actual de la cuestión, podemos afirmar que los esfuerzos internacionales desplegados para abordarla han servido al propósito principal de establecer una transformación geográfica y demográfica en el núcleo mismo del conflicto. Una transformación que no sólo viola los derechos humanos de sus habitantes, sino que defiende y fomenta intereses políticos inaceptables. Durante todo este tiempo, y a pesar de todos los «compromisos» alcanzados, mientras la amenaza del antisemitismo persiste, la desesperación de una Palestina desposeída, oprimida y asediada sigue creciendo. Hoy, Jerusalén es una herida abierta, Tel-Aviv un monumento esquizofrénico, Gaza la sombra de una ciudad bajo sitio permanente, y Cisjordania una tierra arruinada por la perversidad de la limpieza étnica y la colonización.

Pocos saben que fue la búsqueda moderna de una solución al conflicto entre Palestina e Israel la que acuñó el concepto de «proceso de paz», conformando el imaginario global de la resolución de conflictos complejos. No es del todo descabellado que el mundo mantenga como referencia una solución que en realidad nunca existió, si consideramos que la complicidad de la comunidad internacional ha sido y aún es clave para sostener el régimen de crisis permanente enquistado entre el Mediterráneo y el Jordán. Más que el relato por excelencia de los dilemas de soberanía del siglo XX, el proceso de paz israelí-palestino es la crónica calculada de un fracaso histórico. Una búsqueda de la paz diseñada para fracasar.

A lo largo de una sola jornada, las cuatro sesiones que compusieron el OCTAGON_2021 se propusieron abordar este conflicto más allá de los mecanismos con los que la historia aún intenta justificarlo: desde las cínicas asimetrías de Oslo hasta la limpieza étnica que se materializa en los territorios ocupados, pasando por la correlación de fuerzas en el laberinto multilateral y la arquitectura conceptual que aún hoy nos amarra al dilema de uno o dos Estados. En definitiva, este foro reflexionó sobre cómo el conflicto Israel-Palestina es símbolo y epítome de los grandes fantasmas del colonialismo y del orden mundial que naciera después de 1945. En esa misma medida, nos preguntamos si la cuestión Palestina encierra no sólo el potencial de hacer del mundo testigo del triunfo de la dignidad y la resistencia, sino también de darnos las respuestas necesarias para hacer frente a un paradigma global en descomposición.

Sin embargo, este encuentro no pretende engañarse a sí mismo. No existen soluciones salomónicas donde las hemos buscado durante 50 años. No debemos esperar encontrarlas ya allí. El desafío al que nos enfrentamos es el de impulsar estrategias capaces de cambiar la narrativa, de encontrar una forma de mirar este conflicto más allá del estancamiento por diseño que lo monopoliza. En definitiva, deberemos que encontrar un nuevo territorio sobre el que construir una solución real.



SESIONES

01_ página 10

DISEÑADO PARA FRACASAR

«AUTONOMÍA» PALESTINA página 11

LA REALIDAD DE UN ESTADO página 12

02_ página 14

BARRIZAL GEOPOLÍTICO

ISRAEL EN EL MUNDO página 14

COLAPSO REGIONAL página 15

03_ página 16

ENTENDIENDO LOS POSIBLES CAMINOS

LA LUCHA CONTRA UN RÉGIMEN DE APARTHEID página 17

ALTERAR LA ESTRUCTURA DE INCENTIVOS página 17

UN NUEVO LIDERAZGO página 19

04_ página 20

UN CAMBIO DE PARADIGMA

EL PROBLEMA DE LOS MEDIOS página 21

SOBRE EL SIONISMO página 21

CONSTRUYENDO UN NUEVO HOGAR PARA TODOS página 22

05_ página 24

CONCLUSIONES

¿MÁS ALLÁ DEL ESTADO-NACIÓN?

01_ **DISEÑADO PARA FRACASAR**



Como se ha puesto de manifiesto a lo largo de esta edición del OCTAGÓN, en cuestión de 30 años, la diplomacia post-Madrid pasó de una fórmula de «tierra por paz» a otra de «paz por paz». Dejando así de lado un supuesto enfoque de convivencia para favorecer otro que proponía la prevención del conflicto como fin en sí mismo, sin concesión alguna. El estancamiento perpetuo de las negociaciones (y de cualquier expectativa en torno a ellas) ha actuado como la ventana de oportunidad perfecta: bajo la mirada de un mundo indiferente, la colonización detrás de la línea verde continúa, al igual que la interminable ocupación.

Sin embargo, hay que señalar que la reticencia israelí a cumplir el principio de «tierra por paz» se remonta a los ideales fundacionales del propio partido Likud: en los albores de su ascenso al poder en 1997, Menachem Begin proponía ya la noción de «autonomía» como el derecho a oportunidades económicas y habitacionales, sin más derechos políticos que una autoridad local electa capaz de coordinar cosas como el comercio, la educación, la sanidad y el transporte. Según esta noción, Israel mantendría el control de la seguridad, y los residentes judíos seguirían teniendo derecho a adquirir tierras y a establecerse en ellas. Esta «autonomía», tan sospechosamente cercana a la realidad actual entre el Mediterráneo y el río Jordán, se consolidó con los Acuerdos de Camp David. Se trata ni más ni menos de la herencia procedimental de Madrid y Oslo: negociaciones fallidas como medio para un fin, una «autonomía» que desconoce y rechaza la autodeterminación palestina. Mediante esta estrategia y con el eterno pretexto de ganar tiempo, los acuerdos provisionales consiguen aliviar la presión a nivel local, posponiendo indefinidamente asuntos clave (como el fin de la ocupación, el derecho al retorno o el estatus de Jerusalén), todo ello mientras la colonización sigue adelante.

«Autonomía» palestina

Las Leyes Fundamentales de Israel ya establecen «la promoción de los asentamientos judíos como un valor nacional» y que el Estado «actuará para fomentar y promover su establecimiento y consolidación». Más allá de lo evidente, esta declaración también niega por omisión la existencia del pueblo palestino y, por extensión, sus derechos fundamentales. Estas disposiciones allanan el camino de una doctrina jurídica que justifica la continuidad de las políticas colonizadoras del aparato israelí, políticas que niegan cínicamente la existencia en esa tierra de las mismas comunidades históricas a las que desalojan. La vigencia de este mecanismo legal y político anula de facto cualquier posibilidad de autodeterminación palestina a los ojos de Israel, poniendo de manifiesto que sus prácticas coloniales van mucho más allá de los ideales del Likud. Están arraigadas en el propio modelo de Estado de Israel y normalizadas a través de su acción política. Todo esto puede confirmarse fácilmente en la forma en que las políticas de segregación y de asentamientos perviven bajo la coalición Naftali Benett-Yair Lapid, cuya única razón de ser es mantener al Likud y a Benjamín Netanyahu alejados del poder; y que, contra todo pronóstico imaginable, integra al partido árabe Lista Conjunta.

Así, al respaldar Oslo, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) avaló de facto la propia noción de autonomía que sustenta estas políticas, bajo el pretexto de su provisionalidad. En cierto sentido, sacrificando con ello los principios básicos de la autodeterminación nacional —formalizando a los ojos del mundo el techo del autogobierno palestino y asumiendo como propias las aspiraciones de Israel. Desde Oslo, este proyecto de «subsoberanía» suspendida en el tiempo ha sido el modelo universal para la concepción israelí, estadounidense, europea y occidental en general de lo que los palestinos podrían o deberían lograr en términos políticos.

Desde su creación como organización provisional y hasta hoy, la Autoridad Palestina (AP) ha actuado como agente o proxy del Estado de Israel en términos de gestión local, intercambio de información, difusión de campañas de relaciones públicas y represión civil en general. Sobra decir que la AP y la OLP son estructuras interrelacionadas y funcionalmente análogas, que comparten intereses comunes. Así, en sus respectivos roles políticos como portavoces oficiales internacionales, ambas han demostrado en última instancia ser obstáculos en la verdadera búsqueda de la soberanía, al operar contra los movimientos civiles y bloquear las iniciativas internacionales que amenazan el statu quo, como el movimiento de boicot, desinversión y sanciones (BDS) o los esfuerzos de reconocimiento.

La realidad de un estado

La solución de los dos Estados, formalizada con la firma de Oslo tanto por los participantes como por los testigos, es el camino que ahora damos por sentado —desdeñando la crisis permanente sobre el terreno como algo que sencillamente se resolverá con el tiempo. Esta «solución» ha cumplido también la función de marco retórico para la expansión de los asentamientos y la continuidad de la ocupación, así como la «apatía» (o quizá la perplejidad) de toda una generación de palestinos. Como quedó claro en el transcurso de OCTAGON_2021, es cuanto menos controvertido hablar en esos términos de una sociedad inherentemente basada en la resistencia, cuya narrativa sigue inspirando hoy en día las luchas en todo el mundo. Además, es simplista, teniendo en cuenta las enormes diferencias de movilización entre las comunidades y los segmentos sociales palestinos. Pero en cualquier caso, resulta pertinente hablar de una sociedad palestina mayoritariamente resignada a aceptar los términos del proceso de paz e interpretar sus opciones y aspiraciones a través de ellos. Al mismo tiempo, esta supuesta solución también sirve para disimular la incompetencia de la

comunidad internacional (tanto en la coordinación de propuestas reales como en el cumplimiento de sus compromisos), absolviendo a los actores estatales, a las organizaciones internacionales y a la opinión pública extranjera de cualquier dilema, elección difícil y, especialmente, de cualquier responsabilidad histórica en el proceso de fundación de Israel y su futuro. Gracias al marco formalizado en Oslo y a la solución de los dos Estados, la mayoría de los principales actores implicados asumieron hace décadas que su parte estaba hecha y que, con el tiempo, la cuestión se resolvería sola. Hoy, sin embargo, sin importar las acrobacias retóricas y la negación de los hechos por parte de esa larga lista de corresponsables, ese mismo statu quo se desmorona de manera indiscutible.

En cualquier caso, las conversaciones del OCTAGON_2021 dejaron claro que abordar la cuestión palestina a través del viejo dilema entre la solución de uno o dos Estados ya promueve de por sí una discusión ilusoria, que sólo fomenta la prórroga eterna de esa «autonomía» palestina. No se trata de decidir hacia dónde dirigirse, sino de entender a qué nos enfrentamos. Independientemente de que el fracaso de una supuesta solución valide la posibilidad de la otra, sobre el terreno, de facto, hay un solo Estado. Y ese es el Estado de Israel. Reconocer esto debería ser la premisa básica para cualquier análisis que conduzca a una solución real.

Israel controla el territorio tanto dentro como fuera de sus «fronteras» internas (esto incluye la tierra de Israel, la totalidad de Jerusalén, Cisjordania y todos sus enclaves ocupados; y la asediada Franja de Gaza) a través de varios mecanismos interrelacionados: la ocupación y agresión militar; y las políticas de segregación y de asentamiento activo, con los avales de la inacción internacional y la complicidad de la AP. De lo anterior, las políticas de segregación sistemática y limpieza étnica afectan a los ciudadanos árabes de Israel,

a los habitantes de los territorios ocupados y a la población asediada de Gaza, y se extienden indirectamente a los refugiados y exiliados. Establecen claros límites a sus derechos políticos y civiles, afectando a aspectos tan diversos como la educación, el matrimonio, el retorno, la planificación urbana, la ciudadanía o incluso el uso de las carreteras; y se combinan con complejos sistemas de acoso, coacción, represión selectiva y control de la disidencia. En los últimos años, ha aumentado considerablemente la mayoría académica de expertos en Oriente Medio que respaldan este análisis, avalando que es innegablemente análogo al sistema de apartheid sudafricano, tanto en sus disposiciones legales como de facto.

Subrayemos, en cualquier caso, que afirmar que la situación en Israel-Palestina es análoga al apartheid no es más que una descripción funcional. En los diálogos que se enmarcaron en el OCTAGON 2021 hay un claro acuerdo en cuanto a que, si bien la experiencia sudafricana contiene elementos y referencias de gran valor para entender y navegar por la cuestión palestina, es evidente que la realidad sobre el terreno, la trayectoria histórica y el contexto internacional son y serán diferentes entre ambos casos. Como es natural en la ciencia política, la solución a la cuestión palestina será necesaria y específicamente palestina.

02_ BARRIZAL GEOPOLÍTICO



Uno de los aspectos más discutidos en estas conversaciones ha sido el enorme obstáculo que supone el barrizal geopolítico en el que está sumido el planeta, no sólo para la resolución del conflicto palestino-israelí sino para el futuro global en general.

14

No nos habíamos enfrentado a tal incertidumbre geopolítica desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El orden internacional conocido se está agotando, mostrando un inequívoco fracaso a la hora de abordar retos existenciales globales como la crisis climática, el declive de la confianza global en las instituciones o la regulación de la tecnología, así como problemas estructurales históricos, como el hambre o el dramático aumento de la desigualdad. Circunstancias excepcionales como el impacto de la pandemia del COVID-19 y los cambios en el equilibrio de las potencias hegemónicas contribuyen aún más a esta inestabilidad.

En este contexto, el juego geopolítico implícito en la lucha por la liberación de Palestina es hoy aún más complejo que para nuestros predecesores. Por otra parte, en la medida en que este conflicto encarna los principales fantasmas de la descolonización y del orden mundial que va quedando atrás, los participantes de OCTAGON_2021 coinciden en que seguir abordándolo no sólo es una obligación moral, sino también una oportunidad sin parangón para buscar respuestas a las grandes incógnitas del futuro de nuestro mundo.

Israel en el mundo

Desde hace décadas, el Estado de Israel ha elaborado cuidadosamente una imagen de pertenencia al orden internacional liberal-democrático (llamémoslo Occidente), desvinculándose de Oriente Medio. De sus transformaciones recientes, una de las más relevantes ha sido su alineación explícita con el ascenso global de los movimientos políticos de extrema derecha y neonacionalistas, y la prestación de servicios tecnológicos de vigilancia masiva de grado militar a actores y regímenes autoritarios. De las conversaciones del OCTAGON_2021 también se desprende claramente, y no puede pasarse por alto, que estas tecnologías (desde los sistemas de reconocimiento facial vinculados a bases de

datos hasta el ahora infame malware de espionaje Pegasus) se han desarrollado con la sociedad palestina como sujeto experimental. La guerra contra el terrorismo y las transformaciones posteriores al 11-S, con el consiguiente aumento de la demanda mundial de servicios de seguridad, han sido el principal motor del desarrollo de Israel por esta senda, y de la redefinición de su papel internacional, especialmente en regiones como África.

Esta singular forma de desarrollo ha tenido también consecuencias estratégicas críticas en Oriente Medio: mientras que la normalización de las relaciones con sus vecinos se pensaba el principal incentivo para que Israel se comprometiera con la paz en las primeras etapas del proceso que culminaría en Oslo, hoy los Acuerdos de Abraham (2020), bajo un pretexto performativo de reconciliación, han venido a formalizar una cooperación que elude la cuestión palestina —y en la que la diplomacia árabe ejerce hoy más presión sobre los palestinos que sobre el propio Israel, con países como los Emiratos Árabes Unidos (EAU) a la cabeza.

A esto hay que añadir el ya tradicional estrangulamiento realpolitiko que los lobbies israelíes mantienen sobre puestos institucionales clave en Estados Unidos y Europa. Sus mecanismos de financiación/intimidación s han perfeccionado y desarrollado durante más de un siglo. Como se analiza más adelante, este apoyo estratégico se traduce en una protección internacional que ha bloqueado durante décadas cualquier acción capaz de desincentivar la trayectoria humanitaria de Israel.

Colapso regional

Otro aspecto destacado de las conversaciones generadas en el foro fue el reflejo de cómo, más allá de su desarrollo contemporáneo y de sus implicaciones nacionales e internacionales, la sociedad israelí se encuentra en un estado de implosión, inmersa en una constante crisis política y en una espiral de violencia civil alentada por sus propias instituciones. La sociedad palestina también está sometida a una nueva forma de crisis, con nuevas generaciones cada vez más desencantadas con la narrativa falaz del proceso de paz y en abierto enfrentamiento con la Autoridad Palestina (que lleva posponiendo las elecciones desde 2006) y el resto de las instituciones de la ocupación.

Este explosivo enfrentamiento se enmarca a su vez en el colapso generalizado de la región de Oriente Medio, que desde hace décadas muestra signos cada vez más dramáticos de un agotamiento que las primaveras árabes no lograron frenar. Los cambios en las tendencias globales, como el mercado energético, y la perpetua erosión de naciones con graves problemas estructurales crónicos (estancamiento económico, desempleo, desigualdad, disputas oligárquicas, etc.), a menudo sumidas en conflictos civiles abiertos, señalan un inevitable colapso, de consecuencias potencialmente devastadoras. Esto afecta por completo a Israel, independientemente de su percepción de pertenencia a Occidente o de sus alineamientos estratégicos extrarregionales. Dicho de otro modo, quizás más esperanzador, Oriente Medio en general necesita una transformación que, como la cuestión palestina, no puede seguir posponiéndose.

03_ **ENTENDIENDO LOS POSIBLES CAMINOS**



De cara al futuro, será esencial abordar la cuestión palestina sin confundir dos retos distintos: la abolición del régimen de apartheid que existe en el contexto de este Estado único, y la creación de un nuevo hogar para todos los que hoy viven entre el río y el mar. Aunque son complementarios, no son los mismos objetivos y requieren estrategias diferentes.

La lucha contra un régimen de apartheid

La comunidad internacional y los dirigentes políticos e institucionales palestinos vienen trabajando por la preservación de una patria judía en Palestina, cuya premisa básica (reflejada en el proceso de paz) es, en última instancia, el supremacismo judío.

Más allá del hecho de que se adhieran a una solución de dos estados en la que la soberanía palestina verdadera nunca estuvo sobre la mesa, estos acuerdos se arraigan en la idea de que Palestina puede y debe ser dividida para dar cabida a una patria judía. Esa partición divide también a la población palestina entre ciudadanos de Israel, habitantes de los territorios ocupados, refugiados y exiliados. En sí misma, la partición es una reafirmación ideológica del actual régimen de apartheid y de su esencia colonial. Además, no nos equivoquemos: la comunidad internacional ha sido consciente de las implicaciones morales de la fundación de Israel desde el principio, tanto como lo sigue siendo en su falta de interés hacia el actual estado de la cuestión. Durante décadas, el aparato jurídico internacional (que, recordemos, también es de raíz colonial) ha respaldado que las cuestiones relacionadas con los procesos de colonización y descolonización se traten como conflictos internos, a través de los tribunales nacionales. La eficacia y el valor reales de la justicia internacional, sin embargo, son también una cuestión para otro día..

Hay muchas estrategias posibles para abolir un régimen de apartheid, pero resumiendo las aportaciones formuladas durante el OCTAGON_2021, podrían reducirse a dos grupos principales: alterar la estructura de incentivos israelí y encontrar una nueva narrativa para el conflicto. Ambos, sin embargo, están inextricablemente unidos por la misma necesidad: el advenimiento de un nuevo liderazgo palestino.

Alterar la estructura de incentivos

Para que el movimiento de BDS y las vías diplomáticas y penales internacionales ganen verdadera fuerza, es imperativo abordar la estructura de incentivos sobre la que Israel sostiene sus acciones, la misma que viene reforzándose gracias a sus conjuntos de relaciones hegemónicas en todo el mundo.

Durante décadas, el manejo de este conflicto se ha visto instrumentalizado hasta el punto de convertirse en una suerte de industria de la coexistencia, diseñada para movilizar capital político a nivel local, regional e internacional, pese a no haber resuelto aún ningún problema estructural sobre el terreno. Y, seamos claros, Israel no es el único actor que moviliza dicho capital en pos de sus intereses. Las soluciones que hoy en día abordan la cuestión desde el punto de vista de la paz económica y la mitigación del conflicto son una extensión de esas nociones de «autonomía» y «paz por paz» como fines últimos. Como ya se ha mencionado, en última instancia estos planteamientos avalan el statu quo y operan dentro del mismo discurso que lo valida. Por lo tanto, quien busque una verdadera solución a este conflicto, deberá abandonarlos.

Las conversaciones del OCTAGON_2021 han puesto de manifiesto que Estados Unidos sigue siendo el principal garante de la impunidad internacional de Israel. Durante décadas, su protección ha impedido cualquier rendición de cuentas y ha fomentado un comportamiento que no generaba consecuencias. Es cierto que entre la opinión pública estadounidense, sobre todo en el ámbito progresista, se está produciendo una creciente «desexcepcionalización» de la cuestión palestina. Sin embargo, aunque con el tiempo esto podría dar lugar a transformaciones de interés, hoy por hoy no hay formas directas ni probables para que ese cambio influya en una tendencia

estratégica de Estados Unidos que avanza en la dirección opuesta. Más aún si tenemos en cuenta que Estados Unidos puede encontrarse en el umbral de un periodo de conflicto político y civil capaz de trastocar incluso sus propias reglas institucionales. Y si bien esto podría implicar un repliegue importante de su presencia internacional, también podría significar el advenimiento de un comportamiento imprevisible, errático y enormemente destructivo. Todos estos factores sugieren que, aunque debemos seguir vigilando el papel de Estados Unidos, mirar más allá de su hegemonía es ahora más importante que nunca.

Los diálogos enmarcados en OCTAGON_2021 han señalado la importancia de trascender el ámbito occidental y construir nuevas alianzas que proporcionen legitimidad y apoyo simbólico a Palestina, entendiendo qué actores estatales podrían beneficiarse hoy de una alianza directa: países de América Latina y África, o países de mayoría musulmana como Turquía, Malasia o Qatar.

18

Un aspecto abiertamente controvertido de la conversación refiere a las implicaciones de tender la mano a actores estatales como los miembros de la Organización de Cooperación de Shanghái y su entorno. Países como Irán podrían ser de interés estratégico, dadas sus fricciones con Israel, pero Rusia es un actor internacionalmente ambivalente e imprevisible, y China sigue centrada en sus aspiraciones de integración territorial y su área de influencia económica. Precisamente en el caso de China, además cabe considerar que Israel es un actor clave en su iniciativa de macroinversión internacional de La Franja y la Ruta. Como único país en el actual tablero geopolítico que fomenta las buenas relaciones tanto con los gobiernos suníes como con los chiíes, es de esperar que la primacía de sus intereses comerciales siga siendo la piedra angular de su política exterior. Por otra parte, en tanto a que referente político, recordemos

también que la trayectoria de China corre el riesgo de asemejarse a las tesis actuales de Israel, ya que avalan una estrategia de Estado según la cual la reforma política no es necesaria dado un determinado nivel de desarrollo económico.

Además, la importancia del discurso antiterrorista como coartada para las políticas de limpieza étnica de China, como la de los uigures, también plantea dudas sobre las posibilidades de este enfoque y lo deseable que sería. Además, esto abre todo un abanico de consideraciones más abstractas: a pesar de entender que el juego geopolítico se basa en intereses estratégicos, si la principal baza de la lucha palestina es precisamente la legitimidad moral, ¿cómo afectaría una posible asociación con actores autoritarios? ¿Podría una narrativa de lucha basada en principios de libertad, igualdad y dignidad acercarse a regímenes, regionales y extrarregionales, que se sienten abiertamente amenazados por discursos similares? ¿Hasta qué punto se puede operar geopolíticamente sobre la base de valores humanistas? ¿Es sostenible un modelo internacional basado en intereses tan alejados de los fundamentos morales de sus sociedades?

De cara al futuro, tendremos que seguir navegando y cuestionando la relación entre el derecho internacional, los actores estatales y paraestatales, los intereses estratégicos y los conflictos civiles y la legitimidad. Sin embargo, la pieza clave de cualquier enfoque geopolítico que aborde la cuestión Israel-Palestina sigue estando en manos de una OLP supeditada a Israel, que es el único actor oficial palestino reconocido y legitimado a ojos de la comunidad internacional. Por tanto, apoyar la articulación de un actor político verdaderamente unificador en Palestina es un paso vital para alterar esta estructura de incentivos.

Un nuevo liderazgo

Además de una eficaz campaña de boicot internacional y de la legitimidad de su lucha, el elemento fundamental en la ecuación que condujo a la abolición del apartheid en Sudáfrica fue la existencia de una organización civil bien estructurada que, como el Congreso Nacional Africano (CNA), fue capaz de actuar como representante y de ejercer diversas formas de resistencia. Es precisamente por esto que no podemos descartar el potencial de los movimientos civiles para traducirse en un poder político más o menos directo, ni el valor de la movilización de masas en sí misma.

La última década ha evidenciado una creciente tendencia global a abordar los mayores conflictos de nuestro tiempo desde una perspectiva de justicia social. Desde este cariz, la lucha del pueblo palestino se contextualiza necesariamente desde el antirracismo. Estamos asistiendo a una forma de interseccionalidad internacional diferente al sentimiento de solidaridad nacional del siglo pasado; y las formas civiles de acción y organización de la juventud palestina, cada vez más desvinculada de las instituciones locales y de su discurso, también forman parte de esta tendencia.

Una plataforma civil sólida y bien estructurada podría convertirse en un grupo de presión internacional, aspirando también a aglutinar las capacidades diplomáticas, financieras y mediáticas de millones de palestinos en el exilio. A medio plazo, sin embargo, sería esencial alimentar una sociedad civil capaz de dar el salto a la política institucional de la que ahora desconfía. Lograr una solución pacífica y democrática requerirá de un proyecto que aspire a acumular y desplegar poder político, y exigirá un cambio capaz de aglutinar a las distintas comunidades y estratos generacionales palestinos.

De cara al futuro, requerirá no sólo estructuras que vayan más allá del servilismo de la AP y la OLP, sino también de sus modelos organizativos, aspirando a algo que pueda estar a la altura del espíritu de los tiempos y enfrentarse a realidades como la digitalización, la globalización y la fragmentación de la diáspora palestina. Y la resistencia no sólo es de esperar por parte de Israel: como todos sabemos, la perpetuación de la AP también interesa a un gran número de palestinos que hoy constituyen su estructura, desde funcionarios de base hasta altos representantes institucionales.

04_ **UN CAMBIO DE PARADIGMA**



Un nuevo liderazgo será clave para establecer y promover una nueva narrativa sobre el conflicto, pero esta narrativa en sí también será imprescindible para cambiar la ecuación y aspirar a resolver un problema irresoluble por diseño. Debemos trascender el marco conceptual de segregación que el relato del proceso de paz continúa imponiendo. El pueblo palestino necesita un lenguaje también nuevo, para entenderse a sí mismo más allá del paradigma de colonialismo y racismo estructural con el que se le oprime. En definitiva, una narrativa propia. Una que el mundo entero, tanto la sociedad civil global como los actores estatales tradicionales, necesitarán también para re-entender la realidad de su causa.

Pero no nos llamemos a engaño. Como es natural, este lenguaje interseccional, las mil piezas de esta narrativa de base, se están gestando ya en el seno de la sociedad civil palestina. El distanciamiento de las nuevas generaciones respecto a las instituciones palestinas y a los itinerarios tradicionales de acción política es un claro síntoma de ello. Por tanto, no hay nada que crear, per se. Debemos alimentar este lenguaje y dejar que con él nazca una nueva cosmovisión, comprendiendo los dilemas a los que se enfrenta y, sobre todo, las fuerzas que ya están moviéndose para desbaratarlo.

El problema de los medios

Huelga decir que el papel de los medios de comunicación es y será crucial en la lucha por la justicia, pero también a la hora de enmarcar los hechos. El declive global de medios de comunicación fiables e independientes ya está suponiendo un grave obstáculo para esta batalla. El creciente peso de flujos de información enmarcados en plataformas digitales en las que la verificación se hace imposible, así como el control que las grandes corporaciones transnacionales tienen sobre esta tecnología; evidencia lo mucho que se entrelazan sus intereses con su descomunal capacidad para crear y gestionar relatos.

Por tanto, al reflexionar sobre la necesidad de sembrar nuevas narrativas, también debemos entender que las herramientas que tenemos a nuestra disposición para ofrecerlas están cambiando. Vertiginosamente. Si no tomamos medidas cuanto antes respecto a la regulación y la transparencia de esta tecnología, los problemas a los que nos enfrentaremos irán mucho más allá de la cuestión palestina.

El apoyo financiero a medios de comunicación independientes y de interés público es esencial

para desarrollar una comprensión internacional de la causa, pero también para difundir un lenguaje descolonizado que no oculte palabras como «ocupación», «segregación» o «represión». Reenmarcar la conversación también es clave para recuperar la desgarradora emocionalidad de los hechos, y su significado humano como motor de inspiración, dando más voz a las miles de historias que ya luchan por ser contadas a través de medios como las redes sociales.

Deberemos dar altavoz a estos testimonios para trascender la imagen del pueblo palestino como una víctima perpetua (cuando no la de la sociedad retrógrada y violenta que la propaganda israelí trata de retratar). Hablemos de una sociedad forjada en la resistencia, pero también de una cultura vibrante, rica en historia, patrimonio, innovación, arte y conocimiento.

Sobre el sionismo

En el marco de esta nueva conversación sobre Palestina, en esta búsqueda de esas nuevas narrativas, mientras seguimos abordando los aspectos políticos de una crisis humanitaria, también deberemos dirigir nuestra atención a los aspectos humanitarios de determinado proyecto político, y de sus raíces. El problema de fondo del sionismo trasciende los debates académicos sobre el apartheid o la dolorosa crudeza de la ocupación. Como hemos planteado ya, estos son meros instrumentos. El sionismo en sí ni siquiera es la única ideología en juego en la ecuación: el quid de la cuestión en las principales dimensiones de este conflicto son el colonialismo y el racismo subyacente. En última instancia, los palestinos luchan contra la idea de que pueda implantarse un hogar exclusivamente judío en Palestina.

Podemos afirmar que el dispositivo ideológico más eficaz del sionismo moderno es esa asociación

cínica y sistemática de cualquier posición contraria a sus postulados con el antisemitismo. Este mecanismo ha bloqueado y sigue bloqueando el surgimiento de narrativas palestinas mediante la persecución de su lenguaje, y sólo puede ser contrarrestado haciendo precisamente lo que está diseñado para impedir: profundizar en el debate. Seamos rotundamente claros: el antisemitismo es real, está ahí fuera y supone una grave amenaza para la humanidad. Este discurso, sin embargo, explota los miedos culturales judíos y su indiscutible sufrimiento histórico como un apoyo retórico para justificar un proyecto colonial e inhumano. La disociación de la ideología sionista y la identidad judía será clave para descifrar los enigmas que plantea, y la única vía hacia el éxito de una verdadera solidaridad entre ambos pueblos. Sin embargo, cabe destacar que este no es un desafío que el pueblo palestino pueda o deba asumir a la hora de articular las visiones políticas de su propio futuro. Otra cuestión será quién y cómo apoyar a la sociedad judía para abordar esta gran incógnita. Para promover una acción real, deberemos saber diferenciar ambas cosas, al igual que en cuanto a la construcción de un hogar común y la abolición del régimen de apartheid.

Abordando este cambio de paradigmas, también conviene tener en cuenta que el aparato de propaganda política israelí ya hace tiempo que se mueve para influir en los discursos globales a favor de la justicia social. Desde 2006 y antes de su reciente fusión con el Ministerio de Asuntos Exteriores, el objetivo principal del Ministerio de Asuntos Estratégicos de Israel ha sido combatir la «deslegitimación internacional» del país a través de grupos de presión específicos, que trabajan con agendas estatales, élites políticas y económicas, y con conglomerados mediáticos. Sin embargo, hoy por hoy gran parte de su presupuesto ha pasado a centrarse en campañas dirigidas a la sociedad civil. Son conscientes de que las herramientas políticas tradicionales de intimidación, propias

de los grupos de presión, no funcionan con los movimientos de base. Pese a ello, es de esperar que sigan desarrollando formas alternativas para mantener el statu quo, especialmente en lo que respecta a las capacidades tecnológicas aplicadas al principal medio de comunicación y coordinación de la sociedad civil: las redes sociales, algo que acompaña con la cuestión mediática.

Construyendo un nuevo hogar para todos

La idea de un hogar compartido para judíos y árabes, tal y como el que ya existía antes de la colonización británica, es casi tan antigua como su contranarrativa: la posición de debilidad y potencial opresión en la que quedaría la población judía frente a una mayoría árabe. Esta idea también instrumentaliza y deforma la idiosincrasia judía, recordándonos cómo para muchos la colonización de Palestina continúa siendo una cuestión de reparación histórica o, al menos, una coartada para ella.

Sin embargo, una de las ventajas conceptuales más significativas de renunciar a la narrativa de la solución de los dos Estados es que también permite cuestionar que la existencia de un Estado exclusivamente judío sea la única solución al antisemitismo. Y es por esto por lo que no debemos tener miedo de plantearlo. Al igual que ocurrió en Sudáfrica con la población afrikáner, nos enfrentaremos al reto de convencer a la sociedad judía de que renunciar a este proyecto colonial es acorde a sus propios intereses. Aunque ninguna de las soluciones que podemos imaginar hoy en día traerá una concordia social inmediata, cualquiera de ellas es mejor que el actual escenario de violencia incontrolada que amenaza a ambas sociedades, que ya arrastran un daño generacional y cultural inmenso. Sí, será necesario trabajar para alinear a la sociedad palestina con la idea de un hogar compartido, pero ese trabajo no será factible hasta que la sociedad israelí empiece también a

tomárselo en serio. Al igual que en los años 70, cuando ni siquiera se reconocía la existencia de la ocupación, cualquier actor israelí que tenga hoy la voluntad de construir algo nuevo tendrá que reconocer la existencia del régimen de apartheid. Y es que no habrá narrativa conjunta posible entre colonizadores y colonizados. La única opción real se encuentra entre una narrativa colonial y una decolonial, y esta última requerirá de grandes y distintos esfuerzos psicosociales por ambas partes.

Para lograrlo, puede ser decisivo favorecer verdaderos espacios políticos compartidos, encontrando mecanismos para crear bolsas de igualdad capaces de alimentar esa narrativa común, que mire al futuro sin negar el pasado. Por otra parte, además de con los judíos antisionistas de Israel y del mundo, será fundamental profundizar en el alineamiento de la sociedad civil palestina con los movimientos sociales y democráticos de los países árabes. Este conflicto no puede resolverse sin el mundo árabe. Puede parecer paradójico, pero pretender que el territorio siga siendo independiente de la región (en un esfuerzo artificial por seguir adscribiéndolo a Occidente) sólo perpetuará el desequilibrio de poder que hoy lo vincula a poderes hegemónicos autoritarios. El gran reto que esto pondrá de manifiesto será que si estos espacios y alianzas llegan a reproducir los mismos patrones de dominación presentes hoy en día en Israel-Palestina, sólo contribuirán a sostener el sistema de opresión imperante.

En cualquier caso, y como coinciden los participantes de este foro, nadie sabe aún cómo sería este hogar compartido. No conocemos la alternativa al dilema de las soluciones de uno y dos Estados. Y el por qué es sencillo: debemos construirla, debemos dejar que nazca. Debemos superar la idea de que no podemos avanzar porque aún no hemos articulado esa alternativa y sus detalles. Sea cual sea el modelo, será específico para Palestina y lo determinará el pueblo palestino,

con el apoyo de sus aliados. Surgirá en la lucha contra un régimen de apartheid y repensando ideas como la soberanía y la patria.

Ahora bien, en este proceso, y teniendo en cuenta todas las circunstancias globales en las que nos vemos envueltos, tendremos que preguntarnos si la cuestión palestina puede resolverse en el vacío. Cuando empecemos a abordar de veras estas consideraciones, podremos preguntarnos cuán visionarios podemos aspirar a ser.

05_ **CONCLUSIONES: ¿MÁS ALLÁ DEL ESTADO-NACIÓN?**



Hemos desperdiciado 50 años enfrascados en un falso debate. La descolonización es (y será) un proceso extremadamente complejo. Un proyecto extremadamente engorroso. No es algo que pueda llevarse a cabo con precisión clínica y en el que basten la buena voluntad y la justicia. Para abordar la cuestión Palestina-Israel seguirá siendo indispensable apuntalar y proteger una arquitectura moral paralela a cualquier enfoque pragmático en que nos aventuremos.

Decir que este proceso es complejo, además, no sugiere solo que enfrentarse a una superpotencia económica y diplomática sea difícil en sí, sino que también lo será para el pueblo palestino entenderse a sí mismo más allá de las ataduras del régimen de segregación y de la promesa incumplida de un Estado propio. Además, mientras navegamos por una realidad atravesada por nuevas formas de resistencia, conviene tener en cuenta que el poder de la lucha social radica en su capacidad para remover conciencias. Para despertar nuestra imaginación sin atascarnos en los callejones de lo material. Superar la crisis de imaginación política del siglo XX es una de las grandes cuentas pendientes de la descolonización, en Palestina, pero también en el resto del mundo.

Puede que si ya no hablamos tanto de «liberación nacional» sea porque los Estados-nación ya no nos inspiran la misma confianza que entonces. En la búsqueda de una nueva imaginación, tendremos que redefinir la esencia de lo que es esa liberación, pero ya conocemos su forma: en el siglo XXI, la liberación toma la forma de lucha antirracista, de lucha contra la securitización y la vigilancia masiva, del movimiento de lucha climática y por unas condiciones de vida dignas. En principio, esta lucha no necesita transitar por los mismos pasillos que el poder tradicional porque se presenta como una nueva forma de hacer política. Sin embargo, en la medida en que habitamos una época de transición entre modelos de mundo, tendrá

que interactuar con él, tarde o temprano, y ese encuentro planteará nuevas preguntas.

Vivimos un momento histórico en el que la cuestión palestina es un símbolo de la incapacidad de las élites políticas para resolver problemas locales y globales; y de cómo pueden explotar falsas soluciones para perpetuarse en el poder, sin importar el precio. La sociedad civil, al frente de las nuevas formas de lucha, no acepta ni aceptará sus fórmulas porque sabe que los intereses políticos imperan sobre la necesidad de abordar los desafíos que enfrenta la humanidad. Ante esta crisis de imaginación, la nueva frontera intelectual a la que debemos enfrentarnos es cómo definir un Estado-nación fuera de este nuevo paradigma o si podemos o debemos aprovechar el impulso para superarlo completamente. O quizás si el propio paradigma no lo hará ya por sí mismo. Por ahora, sabemos cuál es el dilema al que se enfrentará Palestina para re-entenderse. Es más, seremos testigos de él: cómo encontrar una nueva liberación. Una que no deje atrás a las generaciones y generaciones de palestinos que han dedicado sus vidas e identidades a construir una narrativa nacional que les ha sido arrebatada. En última instancia, cómo tender un puente entre el pasado y el futuro.

Es por esto que es responsabilidad de cada uno de nosotros y nosotras tender puentes entre las instituciones que existen y las que aún no. Esa transición histórica en la que habitamos no se culminará de la noche a la mañana, sino que pasará por entender qué puede renovarse, qué debe desaparecer y qué habrá que crear desde cero. Durante siglos, hemos fragmentado la realidad para tratar de comprender los dilemas que nos plantea; aislando conceptos como la humanidad, la naturaleza o la tecnología, como si se tratase de meros factores capaces de existir en el vacío. Miremos ahora hacia el futuro para encontrar la manera de re-integrarnos. Para ser

más transversales, globales e inclusivos, y al mismo tiempo para volver a arraigarnos, para encontrar nuestro lugar en los territorios que vinculamos y sostenemos tanto como ellos nos vinculan y sostienen. La cuestión palestina bien puede ser una piedra de toque capaz de revelar las respuestas que buscamos.





Foto_ **Hossam el-Hamalawy**_ CC BY 2.0

commonactionforum.net